

RÍOS DE GUERRA: LA DIMENSIÓN ESTRATÉGICA DEL ESPACIO FLUVIAL EN EL CONFLICTO DE LA TRIPLE ALIANZA (1864-1870)

Licenciado y magíster Juan I. Lioi Verde



Ataque de la Escuadra
Brasileña a las baterías
de Curupaity el 22 de
septiembre de 1866. Cândido
López, Museo Nacional de
Bellas Artes

(DETALLE ENRIQUECIDO CON IA)

La Guerra de la Triple Alianza (1864-1870) constituye uno de los conflictos más trascendentes de la historia sudamericana, tanto por sus consecuencias políticas, territoriales y demográficas como por la complejidad estratégica de las operaciones desarrolladas en la cuenca del Plata. Tradicionalmente, la historiografía ha privilegiado el estudio de las grandes campañas terrestres y de las decisiones políticas que condujeron al enfrentamiento. Sin embargo, una comprensión integral del conflicto exige incorporar una dimensión frecuentemente subestimada: el papel desempeñado por el espacio fluvial como elemento estructurante de las operaciones militares.

El presente trabajo tiene como objetivo analizar la importancia estratégica de los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay en el desarrollo de la guerra, prestando especial atención a la relación existente entre las operaciones navales, terrestres y logísticas. A partir de esta perspectiva, se busca responder al siguiente interrogante: ¿de qué manera el control de las vías fluviales condicionó las campañas militares y contribuyó al desenlace favorable para la Triple Alianza?

La hipótesis que orienta esta investigación sostiene que el dominio del espacio fluvial constituyó una condición indispensable para el éxito de las operaciones terrestres aliadas. Si bien las principales batallas se desarrollaron sobre tierra firme, la capacidad de movilizar tropas, abastecer ejércitos, sostener líneas de comunicación y proyectar poder militar dependió en gran medida del control de los ríos. En consecuencia, la guerra debe entenderse como un conflicto desarrollado en un ambiente operacional integrado, donde agua y tierra conformaban una única realidad estratégica.

Para demostrar esta afirmación, el análisis se despliega en tres ejes complementarios. Por un lado, se examina la importancia del sistema hidrográfico de la cuenca del Plata como factor geoestratégico y multiplicador de las operaciones terrestres. Por otro lado, se estudia la participación de las armadas aliadas, particularmente el papel desempeñado por la Armada Imperial brasileña y la Armada Argentina en la construcción y el sostenimiento de la superioridad logística y operacional de la coalición. Finalmente, se analizan la invasión y recuperación de Corrientes, el combate de Riachuelo, las batallas de Yatay y Uruguayana, así como las operaciones de Paso de la Patria, Itapirú y Humaitá, como ejemplos concretos de la interacción entre dominio fluvial, logística militar y acción terrestre. Estos casos permiten observar cómo el control de las comunicaciones sobre el Paraná y el Paraguay condicionó la capacidad de maniobra de ambos contendientes y favoreció progresivamente la transferencia de la iniciativa estratégica hacia la Triple Alianza.

Metodológicamente, la investigación se apoya en bibliografía especializada de historia militar, historia naval y estudios estratégicos. Entre los principales autores utilizados se encuentran Francisco Doratioto, Thomas Whigham, Robert L. Scheina, Heraclio Burzio, Martin van Creveld y Milan Vego, cuyas contribuciones permiten abordar el conflicto desde una perspectiva operacional que integra geografía, logística y conducción militar.

Desde esta óptica, la Guerra de la Triple Alianza aparece no solamente como una sucesión de batallas y campañas, sino como una disputa por el control de un sistema de comunicacio-

Juan Ignacio Lioi Verde es licenciado en Historia por la Universidad Católica de Córdoba y magister en Historia Naval y Marítima Argentina. Actualmente, se desempeña como docente en el Liceo Militar General Belgrano, en el ISPI 4031 Fray Francisco de Paula Castañeda y en la Universidad Católica de Santa Fe, donde imparte clases de Historia, Defensa Nacional, Relaciones Internacionales y Ciencias Sociales.

En 2016, fue becario en Yad Vashem, Jerusalén, donde se especializó en el estudio del Holocausto judío en la Universidad de Jerusalén. Su trayectoria docente incluye la enseñanza de Historia Argentina, Historia Europea, de Asia y África, y Problemática de las Ciencias Sociales en diversos niveles educativos.

Ha publicado trabajos sobre temas históricos y sociales, como la huelga ferroviaria de 1917 y el Holocausto, en revistas especializadas como *Magister* y *Alas Maestras*. Su participación en simposios incluye la ponencia sobre la tiranía en *Antígona* y el dictado de cursos y charlas sobre temas clásicos y contemporáneos. También ha capacitado a docentes en temas relacionados con el Holocausto, la Shoá y la alteridad.

Su trabajo más reciente es *La modernización de la Armada Argentina (1872-1902)*, publicado en el *Boletín del Centro Naval*.

nes estratégicas cuyo dominio condicionó la capacidad de maniobra, la continuidad logística y, en última instancia, el resultado mismo de la guerra.

El espacio fluvial como multiplicador de las operaciones terrestres

La Guerra de la Triple Alianza (1864-1870) estuvo profundamente condicionada por la geografía de la cuenca del Plata. En una región caracterizada por extensos cursos de agua navegables, vastas llanuras inundables, esteros y una limitada red de caminos terrestres, los ríos adquirieron una importancia estratégica comparable a la que las grandes rutas terrestres tuvieron en los conflictos europeos del siglo XIX. Más que simples accidentes geográficos, el río Paraguay, el Paraná y el Uruguay constituyeron verdaderas arterias militares, logísticas y políticas, capaces de determinar el éxito o el fracaso de las operaciones. Como señala Doratioto (2002), la guerra fue, en gran medida, una lucha por el control de las comunicaciones fluviales, ya que la capacidad de transportar tropas, armamento, víveres y pertrechos dependía casi exclusivamente de la navegación interior.

Un aspecto central de esta contienda fue la estrecha interdependencia existente entre las operaciones navales y las terrestres. A diferencia de otros conflictos contemporáneos donde la marina actuaba como un instrumento complementario o secundario, en el teatro de operaciones paraguayo la acción terrestre dependió de la capacidad de controlar los ríos y garantizar la libertad de navegación. El dominio del espacio fluvial no constituyó un objetivo aislado, sino una condición indispensable para el éxito de las campañas terrestres desarrolladas por ambos contendientes.

La particular configuración geográfica de la cuenca del Plata potenció esta realidad. Los extensos esteros, bañados y terrenos inundables dificultaban los movimientos masivos de tropas por tierra, mientras que las grandes distancias separaban los centros logísticos aliados de los campos de batalla. Como sostiene Whigham (2002), la movilidad estratégica en Paraguay dependía fundamentalmente de los ríos, ya que estos permitían transportar en pocos días recursos cuya movilización terrestre hubiera requerido semanas. De esta manera, la navegación interior actuó como un multiplicador del poder militar, facilitando la concentración de fuerzas en puntos decisivos del frente.

Desde una perspectiva operacional, los ríos funcionaban simultáneamente como líneas de comunicación, rutas logísticas y plataformas de maniobra. Siguiendo la conceptualización de Alfred Thayer Mahan (1890), el control de las vías de comunicación constituye uno de los elementos esenciales para la proyección del poder militar. Aunque Mahan desarrolló sus teorías pensando en el dominio marítimo oceánico, sus principios se aplican al contexto paraguayo: quien controlara el sistema fluvial tendría la capacidad de mover tropas, sostener operaciones prolongadas y privar al enemigo de sus propias comunicaciones estratégicas.

La campaña de Humaitá ilustra con claridad esta relación entre espacio fluvial y operaciones terrestres. Durante el prolongado asedio desarrollado entre 1866 y 1868, las fuerzas aliadas dependieron completamente de la navegación para mantener abastecidos a decenas de miles de soldados desplegados en un ambiente extremadamente hostil. La escuadra brasileña transportó municiones, artillería pesada, alimentos, caballos y refuerzos, además de evacuar heridos y enfermos. Sin esta capacidad logística, la permanencia de los ejércitos aliados en el frente habría resultado imposible. Debido a esto, Doratioto (2002) señala que el sitio de Humaitá fue tanto una operación terrestre como una gigantesca empresa logística sostenida desde el río.

La importancia táctica de esta interacción también se manifestó en el empleo de la artillería. Las baterías paraguayas emplazadas sobre las barrancas del río no solo buscaban destruir

El dominio del espacio fluvial no constituyó un objetivo aislado, sino una condición indispensable para el éxito de las campañas terrestres desarrolladas por ambos contendientes.

embarcaciones enemigas, sino también impedir el abastecimiento de los ejércitos aliados. Del mismo modo, los buques acorazados brasileños proporcionaban fuego de apoyo a las tropas que operaban en tierra, neutralizando posiciones defensivas y facilitando los avances de la infantería. Esta coordinación anticipaba formas tempranas de operaciones conjuntas, donde las acciones navales y terrestres se planificaban como parte de un mismo esfuerzo estratégico.

En este sentido, las fortificaciones paraguayas de Humaitá, Curupaytí y Timbó no deben interpretarse únicamente como obras de defensa fluvial; su verdadero valor radicaba en controlar simultáneamente el río y el terreno circundante. Como explica Milan Vego (2003), en las operaciones ribereñas el dominio del agua resulta insuficiente si no se controla también el espacio terrestre adyacente, desde el cual pueden proyectarse fuegos, observación y apoyo logístico. La experiencia paraguaya confirma plenamente este principio. Las baterías emplazadas sobre barrancas elevadas permitían a los defensores dominar el cauce y convertir el río en una prolongación del campo de batalla terrestre.

La batalla de Curupaytí, librada el 22 de septiembre de 1866, constituye un ejemplo paradigmático de esta integración. Las defensas paraguayas aprovecharon las características del terreno, los obstáculos naturales y la artillería emplazada en posiciones preparadas para detener un ataque aliado coordinado entre fuerzas terrestres y navales. Aunque la escuadra brasileña bombardeó intensamente las posiciones paraguayas, la eficacia de las fortificaciones terrestres permitió absorber el impacto y provocar una de las derrotas más severas sufridas por la Triple Alianza. Según Scheina (2003), Curupaytí demostró que el dominio del río no garantizaba automáticamente el control del espacio operacional si las posiciones terrestres permanecían intactas.

Sin embargo, la evolución posterior de la campaña mostró la situación inversa: la imposibilidad de sostener una defensa terrestre eficaz una vez perdido el control del espacio fluvial. Cuando los acorazados brasileños lograron forzar el paso de Humaitá en febrero de 1868, la fortaleza quedó estratégicamente aislada. Aunque muchas de sus posiciones permanecían operativamente activas, la pérdida de control sobre el río permitió a los aliados penetrar en la retaguardia paraguaya, interrumpir comunicaciones y amenazar directamente Asunción. Como observa Donadio (2010), la ruptura de la barrera fluvial transformó completamente el equilibrio operacional, pues eliminó la principal ventaja defensiva sobre la cual se apoyaba el ejército paraguayo.

La experiencia de la Guerra de la Triple Alianza demuestra así que el control de los ríos no puede analizarse de forma separada de las operaciones terrestres. Agua y tierra conformaban un único espacio de combate donde cada dimensión condicionaba a la otra. Las fuerzas navales garantizaban movilidad, abastecimiento y apoyo de fuego; las fuerzas terrestres aseguraban las barrancas, fortificaciones y puntos de apoyo necesarios para controlar la navegación. La pérdida de cualquiera de estos componentes afectaba inevitablemente al conjunto del sistema militar.

La experiencia de la Guerra de la Triple Alianza demuestra así que el control de los ríos no puede analizarse de forma separada de las operaciones terrestres. Agua y tierra conformaban un único espacio de combate donde cada dimensión condicionaba a la otra.

La contribución de la Armada Argentina al esfuerzo logístico y de comunicaciones

La explicación del éxito aliado no puede reducirse exclusivamente a la superioridad naval brasileña. Aunque la Armada Imperial constituyó el principal instrumento de combate fluvial de la Triple Alianza, la participación argentina desempeñó un papel fundamental en la estructura logística, operacional y de comunicaciones, que permitió sostener la campaña durante más de cinco años. La marina argentina aportó medios navales, experiencia de navegación en los ríos interiores y una red de transporte indispensable para la movilidad estratégica de los ejércitos aliados. Como sostiene Burzio (1950), la contribución argentina

fue particularmente significativa en tareas de transporte, enlace, exploración hidrográfica, escolta de convoyes y abastecimiento, funciones que resultaban esenciales en un teatro de operaciones donde los ríos constituían las principales líneas de comunicación.

Al estallar la guerra en 1865, la Armada Argentina se encontraba en un proceso de reorganización institucional posterior a las guerras civiles y a la consolidación del Estado nacional. Su capacidad material era considerablemente inferior a la brasileña, pero disponía de una serie de vapores de guerra y transportes armados que permitieron apoyar eficazmente las operaciones de la coalición. Entre las principales unidades se encontraban los vapores *Guardia Nacional*, *Parvón*, *Constitución*, *Paraná*, *25 de Mayo*, *Buenos Aires*, *Guaqueguay*, *Coronel Dorrego* y *General Brown*, además de diversas embarcaciones auxiliares destinadas al transporte de tropas y suministros (Burzio, 1950). Posteriormente se incorporarían unidades más modernas, como el monitor acorazado *El Plata*, como reflejo de los esfuerzos de modernización impulsados durante la presidencia de Bartolomé Mitre.

Aunque estas embarcaciones no poseían la potencia de fuego ni el blindaje de los acorazados brasileños, cumplían una función crítica dentro del sistema operacional aliado al conectar la retaguardia con el frente. Como señala Caillet-Bois (1944), los vapores argentinos operaban como verdaderos “puentes móviles” entre los puertos del litoral y las fuerzas desplegadas en territorio paraguayo, y garantizaron el flujo continuo de hombres, municiones, víveres, caballadas y materiales de ingeniería. Su importancia se hizo evidente durante las operaciones de concentración de tropas previas al cruce de Paso de la Patria y durante las sucesivas campañas sobre Humaitá.

La recuperación de la provincia de Corrientes tras la invasión paraguaya de abril de 1865 constituye uno de los primeros ejemplos del valor estratégico de esta capacidad logística. El traslado de tropas desde Buenos Aires y los puertos del litoral dependió en gran medida de la disponibilidad de vapores argentinos capaces de navegar el Paraná y sostener una línea de abastecimiento relativamente segura. Doratioto (2002) sostiene que la rápida reorganización aliada posterior a la ocupación de Corrientes fue posible gracias al control progresivo de las comunicaciones fluviales, que permitieron concentrar fuerzas superiores en los sectores decisivos de la campaña.

La participación argentina también resultó fundamental en las operaciones desarrolladas en torno a Paso de la Patria e Itapirú. Allí los buques nacionales colaboraron en el transporte de efectivos, el establecimiento de pasos flotantes y la protección de las comunicaciones entre las fuerzas terrestres y los centros logísticos situados río abajo. Doratioto (2002) destaca que las embarcaciones argentinas participaron activamente en el movimiento permanente de refuerzos y suministros hacia el frente, una tarea menos visible que los combates navales, pero absolutamente indispensable para la continuidad de la guerra. La capacidad de mantener concentrados decenas de miles de soldados en un ambiente de pantanos e inundaciones dependía casi exclusivamente del transporte fluvial.

Desde una perspectiva estratégica, esta realidad confirma las observaciones formuladas por Van Creveld (1977), quien sostiene que la logística constituye uno de los factores decisivos de la guerra moderna. Para el autor, la capacidad de sostener ejércitos en campaña suele ser más importante que las victorias tácticas individuales, ya que el agotamiento de los recursos puede provocar el colapso operacional incluso después de éxitos militares significativos. La experiencia paraguaya confirma esta afirmación: los ríos Paraná y Paraguay funcionaron como las verdaderas arterias logísticas de la Triple Alianza, dado que mantuvieron el flujo constante de alimentos, municiones, repuestos, carbón y reemplazos para las tropas desplegadas en primera línea.

La literatura testimonial de la época refuerza este enfoque. Las memorias de campaña de José Ignacio Garmendia ofrecen un valioso registro sobre esta cuestión. Según Garmendia

Los ríos Paraná y Paraguay funcionaron como las verdaderas arterias logísticas de la Triple Alianza, dado que mantuvieron el flujo constante de alimentos, municiones, repuestos, carbón y reemplazos para las tropas desplegadas en primera línea.

(1883), los vapores argentinos constituían “el vínculo permanente entre los centros de decisión y las avanzadas del ejército”, lo que permitía mantener la cohesión operativa de las fuerzas aliadas a pesar de las enormes distancias y dificultades geográficas. Esta observación pone de relieve una dimensión frecuentemente subestimada por la historiografía tradicional: la guerra no dependía únicamente de las batallas, sino también de la capacidad de sostener un sistema permanente de comunicaciones.

Por supuesto, la cooperación entre las armadas argentina y brasileña no estuvo exenta de dificultades. Las diferencias de tamaño, capacidades y objetivos políticos generaron tensiones recurrentes durante toda la campaña. Como advierte Clausewitz (1832/2005), las coaliciones militares suelen enfrentar problemas derivados de la diversidad de intereses nacionales y de las disputas por el liderazgo estratégico. Estas fricciones estuvieron presentes en la relación entre Bartolomé Mitre y los comandantes navales brasileños, especialmente en cuestiones vinculadas con la conducción de las operaciones y la asignación de recursos. La autonomía de la escuadra imperial limitaba la autoridad efectiva del comandante aliado sobre las fuerzas navales, lo cual generaba frecuentes desacuerdos respecto a los tiempos y modalidades de determinadas acciones.

A pesar de ello, las exigencias operacionales terminaron imponiéndose sobre las diferencias políticas. Las campañas de Curuzú, Curupaytí y Humaitá demostraron que la derrota del complejo sistema defensivo paraguayo requería una coordinación cada vez más estrecha entre las fuerzas terrestres y navales. En este sentido, las experiencias de la guerra anticiparon conceptos modernos de operaciones conjuntas. Como sostiene Vego (2003), en los ambientes ribereños el dominio del agua depende inevitablemente del control del terreno circundante, mientras que las operaciones terrestres requieren del apoyo logístico y de fuego proporcionado por las fuerzas navales.

La campaña de Humaitá permanece como la mejor demostración de esta interdependencia. Mientras la escuadra brasileña bombardeaba fortificaciones, despejaba obstáculos y forzaba el paso del río, las fuerzas argentinas contribuían al transporte de tropas, a la construcción de infraestructura logística y al sostenimiento de las comunicaciones entre el frente y la retaguardia. El resultado fue la creación de un sistema operacional integrado donde la acción terrestre dependía de la navegación y la navegación dependía de la ocupación progresiva de posiciones terrestres.

Evolución operacional de la guerra fluvial: de Corrientes a Humaitá

La invasión y recuperación de Corrientes

Tras la ocupación de la ciudad de Corrientes el 13 de abril de 1865 por las fuerzas paraguayas al mando de los generales Wenceslao Robles y Antonio de la Cruz Estigarribia, la prioridad estratégica del gobierno de Bartolomé Mitre consistió en impedir que la ofensiva enemiga consolidara una cabeza de puente permanente sobre territorio argentino. La presencia paraguaya amenazaba no solamente la soberanía nacional, sino también el control de las comunicaciones sobre el río Paraná, eje fundamental para cualquier operación militar en el litoral. Como señala Doratioto (2002), la ocupación de Corrientes otorgaba a Paraguay una posición favorable para proyectar operaciones sobre Entre Ríos y eventualmente coordinar movimientos con sectores federales opuestos al gobierno nacional.

La reacción argentina se estructuró sobre dos ejes complementarios: la reorganización de las fuerzas terrestres y el aseguramiento del dominio fluvial. En este último aspecto, la Armada Argentina desempeñó una función inmediata. Los vapores *Guardia Nacional*, 25

La cooperación entre las armadas argentina y brasileña no estuvo exenta de dificultades. Las diferencias de tamaño, capacidades y objetivos políticos generaron tensiones recurrentes durante toda la campaña. Estas fricciones estuvieron presentes en la relación entre Bartolomé Mitre y los comandantes navales brasileños, especialmente en cuestiones vinculadas con la conducción de las operaciones y la asignación de recursos.

de Mayo, Pavón, Paraná y Constitución se emplearon para transportar tropas, pertrechos y elementos logísticos hacia el norte, lo cual permitió acelerar la concentración militar que posteriormente operaría en Corrientes (Burzio, 1950). Los ríos permitían movilizar recursos a una velocidad imposible de alcanzar mediante las precarias rutas terrestres existentes en el litoral argentino.

El combate de Riachuelo

La primera gran acción naval de la campaña se produjo el 11 de junio de 1865 durante el combate de Riachuelo, librado sobre el río Paraná cerca de la ciudad de Corrientes. La batalla constituyó el intento paraguayo más importante por alterar el equilibrio naval existente en la cuenca del Plata y recuperar la iniciativa estratégica obtenida tras la invasión de Corrientes. Francisco Solano López comprendía que la permanencia de sus tropas en territorio argentino dependía de mantener abiertas las comunicaciones fluviales y de impedir que la Triple Alianza utilizara el Paraná como eje logístico para concentrar fuerzas. En consecuencia, ordenó una operación destinada a destruir o neutralizar parte de la escuadra aliada mediante un ataque sorpresivo contra la flota brasileña fondeada en las proximidades del arroyo Riachuelo (Doratioto, 2002).

El plan paraguayo contemplaba la utilización de ocho vapores armados y varias chatas artilladas bajo el mando del capitán Pedro Ignacio Meza. La intención era aprovechar la oscuridad y la sorpresa para abordar y destruir las embarcaciones brasileñas antes de que estas pudieran organizar una respuesta efectiva. Sin embargo, diversos retrasos operativos permitieron a la escuadra imperial reaccionar. Durante las primeras horas del combate los paraguayos lograron obtener algunas ventajas iniciales, pero la rápida maniobra del almirante Francisco Manuel Barroso modificó el desarrollo de la batalla. Utilizando la superior potencia de sus vapores y recurriendo incluso al espoloneamiento contra las embarcaciones enemigas, Barroso consiguió desorganizar completamente la formación paraguaya. Como señala Scheina (2003), la batalla se transformó gradualmente de una emboscada planificada en una persecución donde la superioridad material brasileña terminó imponiéndose sobre la audacia táctica paraguaya.

Las pérdidas sufridas por Paraguay resultaron extremadamente difíciles de reemplazar. Varias embarcaciones fueron hundidas o capturadas y numerosos oficiales experimentados murieron durante la acción. Más importante aún, la derrota significó la pérdida de la capacidad paraguaya para disputar de manera efectiva el control de los grandes ríos de la región. Whigham (2002) considera a Riachuelo uno de los verdaderos puntos de inflexión de la guerra, ya que desde entonces Paraguay quedó privado de la posibilidad de sostener una estrategia ofensiva prolongada fuera de sus fronteras. Del mismo modo, Doratioto (2002) sostiene que la batalla aseguró el dominio aliado sobre el Paraná y transformó los ríos en instrumentos de proyección militar de la Triple Alianza.

Las consecuencias operacionales fueron inmediatas. Las fuerzas paraguayas desplegadas en Corrientes comenzaron a experimentar crecientes dificultades para recibir refuerzos, municiones y abastecimientos. Mientras las líneas logísticas paraguayas se debilitaban progresivamente, los aliados podían utilizar libremente el Paraná para trasladar tropas y recursos desde Buenos Aires, Rosario y los puertos del litoral. La asimetría resultante permitió una concentración de fuerzas cada vez mayor en el frente correntino. En este proceso, la Armada Argentina desempeñó un papel fundamental. Los vapores nacionales realizaron un tráfico constante entre los puertos del interior y las zonas de concentración militar, transportando miles de soldados, caballos, piezas de artillería, alimentos y pertrechos. Burzio (1950) destaca que la actividad de los transportes argentinos fue prácticamente ininterrumpida durante toda la campaña, lo que permitió mantener abiertas las comunicaciones entre el gobierno nacional y los ejércitos desplegados en el norte.

El combate de Riachuelo, librado sobre el río Paraná cerca de la ciudad de Corrientes, constituyó el intento paraguayo más importante por alterar el equilibrio naval existente en la cuenca del Plata y recuperar la iniciativa estratégica obtenida tras la invasión de Corrientes.



Combate Naval do Riachuelo,
por Víctor Meirelles, 1872

Las batallas de Yatay y Uruguayana

La consolidación del dominio fluvial aliado creó las condiciones para la contraofensiva terrestre. Durante los meses siguientes, la Triple Alianza concentró progresivamente fuerzas destinadas a destruir las columnas paraguayas que operaban en territorio argentino y brasileño. La primera gran acción de esta nueva fase fue la batalla de Yatay, librada el 17 de agosto de 1865 en las cercanías del río homónimo. Allí, una fuerza aliada de aproximadamente doce mil hombres, integrada por contingentes argentinos, brasileños y orientales bajo el mando del presidente uruguayo Venancio Flores, enfrentó a la columna paraguaya comandada por el coronel Antonio de la Cruz Estigarribia (Scheina, 2003).

Desde el punto de vista táctico, Yatay constituyó una batalla de envolvimiento y destrucción. Las fuerzas paraguayas, inferiores en número y con dificultades crecientes para recibir apoyo logístico, ocuparon una posición defensiva limitada por el río Yatay y zonas pantanosas circundantes. La intención paraguaya era resistir hasta recibir refuerzos o encontrar una oportunidad para retirarse ordenadamente. Sin embargo, la superioridad numérica aliada permitió ejecutar ataques convergentes sobre distintos sectores de la línea defensiva. Tras varias horas de combate, la posición paraguaya colapsó y gran parte de la fuerza fue destruida o capturada. Según Doratioto (2002), más de la mitad de los efectivos paraguayos quedaron fuera de combate, mientras que la columna dejó de existir como fuerza operativa organizada.

La importancia estratégica de Yatay trascendió ampliamente los resultados inmediatos del campo de batalla. La derrota eliminó una de las principales agrupaciones paraguayas desplegadas en territorio enemigo y redujo considerablemente la capacidad ofensiva de López en el litoral. Scheina (2003) sostiene que la batalla representó la primera gran victoria terrestre de la Triple Alianza y demostró que Paraguay ya no podía sostener operaciones ofensivas alejadas de sus líneas principales de abastecimiento. Asimismo, la victoria fortaleció la cooperación militar entre argentinos, brasileños y orientales y consolidó la estructura operativa de la coalición.

Con la batalla de Yatay se eliminó una de las principales agrupaciones paraguayas desplegadas en territorio enemigo y redujo considerablemente la capacidad ofensiva de López en el litoral.

Las consecuencias de Yatay se profundizaron pocas semanas más tarde con el sitio de Uruguayana. La columna paraguaya dirigida por Estigarribia había ocupado la ciudad brasileña de Uruguayana en agosto de 1865 con el objetivo de mantener una posición avanzada sobre el río Uruguay y apoyar las operaciones desarrolladas en Corrientes. Sin embargo, el control aliado de las comunicaciones fluviales permitió aislar progresivamente a la guarnición paraguaya. Las fuerzas brasileñas, argentinas y orientales establecieron un cerco que impidió el ingreso de suministros y refuerzos. Tras semanas de bloqueo y ante la imposibilidad de romper el aislamiento, Estigarribia capituló el 18 de septiembre de 1865 junto con más de cinco mil hombres (Whigham, 2002).

La caída de Uruguayana tuvo una importancia estratégica comparable a la de Yatay. Con ella desaparecía la última gran fuerza paraguaya que operaba fuera de las fronteras nacionales y se derrumbaba definitivamente el plan ofensivo concebido por Solano López para expandir la guerra hacia el sur. Doratioto (2002) afirma que, después de Uruguayana, Paraguay perdió completamente la iniciativa estratégica y quedó obligado a adoptar una postura predominantemente defensiva. Desde entonces, la guerra comenzó a desplazarse progresivamente hacia territorio paraguayo, donde el conflicto adquiriría características muy diferentes.

Observadas en conjunto, Riachuelo, Yatay y Uruguayana constituyen una secuencia operacional coherente. La victoria naval aliada en Riachuelo aseguró el dominio de las comunicaciones fluviales. Dicho dominio permitió la concentración de tropas y recursos necesarios para derrotar a las columnas paraguayas en Yatay y la destrucción de esas fuerzas hizo posible el aislamiento y la capitulación de Uruguayana. En consecuencia, la recuperación de Corrientes no fue el resultado de una única batalla decisiva, sino de una campaña integrada en la que las operaciones navales, logísticas y terrestres actuaron de manera complementaria. La experiencia demostró tempranamente que el control del Paraná constituía una condición indispensable para cualquier operación militar en la cuenca del Plata y anticipó la lógica operacional que caracterizaría el resto de la Guerra de la Triple Alianza.

Pocas semanas después, el sitio y la capitulación de Uruguayana, ocurridos el 18 de septiembre de 1865, completaron el colapso de la ofensiva paraguaya sobre territorio argentino y brasileño. Aunque esta operación se desarrolló en territorio brasileño, tuvo efectos directos sobre la campaña correntina al eliminar la principal fuerza paraguaya que operaba al este del río Uruguay. Doratioto (2002) sostiene que la caída de Uruguayana marcó el fracaso definitivo del plan ofensivo concebido por Solano López para expandir la guerra hacia el sur.

La recuperación efectiva de Corrientes no fue el resultado de una única batalla decisiva sino de una sucesión de operaciones terrestres y fluviales que aislaron progresivamente a las fuerzas paraguayas y les impidieron sostener su presencia en territorio argentino. En este proceso, la Armada Argentina cumplió una función esencial al garantizar la movilidad estratégica de la coalición y permitir la concentración de recursos en los puntos críticos del frente. Como observa Garmendia (1883), el dominio del río Paraná permitió a los aliados “mover ejércitos enteros con una rapidez desconocida para las operaciones terrestres”, lo cual transformó la vía fluvial en el principal instrumento de maniobra de la campaña.

Las operaciones en Paso de la Patria e Itapirú

Tras la liberación del territorio correntino, la Triple Alianza enfrentó el desafío táctico de proyectar sus fuerzas hacia el interior del Paraguay. El cruce del río Paraná constituía una operación de alta complejidad debido a la amplitud del cauce, la intensidad de las corrientes y la presencia de posiciones defensivas paraguayas en la margen opuesta. El fuerte de Itapirú y las posiciones de Paso de la Patria formaban la primera línea de resistencia concebida por Solano López para impedir la invasión de su territorio. Como señala Doratioto (2002), el

La caída de Uruguayana tuvo una importancia estratégica comparable a la de Yatay. Con ella desaparecía la última gran fuerza paraguaya que operaba fuera de las fronteras nacionales y se derrumbaba definitivamente el plan ofensivo concebido por Solano López para expandir la guerra hacia el sur.

éxito de esta fase dependía enteramente de la capacidad de la flota para neutralizar la artillería paraguaya y garantizar el transporte seguro de las oleadas de asalto terrestres.

La operación, ejecutada en abril de 1866, requirió una planificación conjunta meticulosa. La escuadra brasileña, apoyada por los transportes de la Armada Argentina, bombardeó sistemáticamente las fortificaciones de Itapirú para desgastar las defensas y silenciar las baterías paraguayas. Simultáneamente, los buques argentinos realizaron un esfuerzo logístico sostenido para concentrar las barcazas, los pontones y los materiales de ingeniería necesarios para el cruce (Burzio, 1950). Garmendia (1883) relata en sus memorias que la coordinación entre las fuerzas terrestres que esperaban en la orilla correntina y los buques que operaban en el río fue la clave para desorganizar la observación enemiga y consolidar la cabeza de playa en Paso de la Patria, lo que marcó el inicio formal de las campañas en territorio paraguayo.

La ofensiva sobre el complejo defensivo de Humaitá

Una vez superada la barrera del Paraná, el avance aliado se topó con el obstáculo defensivo más formidable de la cuenca del Plata: el complejo fortificado de Humaitá. Situado en una pronunciada curva del río Paraguay, este sistema de fortificaciones combinaba baterías de barranca, trincheras terrestres, zonas inundables (esteros) y una pesada cadena que cruzaba el cauce para impedir físicamente el paso de las embarcaciones. Como explica Milan Vego (2003), Humaitá constituía una posición defensiva ideal en un ambiente ribereño, ya que obligaba a los buques invasores a navegar lentamente bajo el fuego concentrado de la artillería terrestre sin posibilidad de maniobra.

El asedio de Humaitá (1866-1868) puso a prueba la resistencia del sistema logístico aliado y la flexibilidad de sus operaciones conjuntas. Durante casi dos años, el control de las líneas de comunicación fluviales río abajo fue lo único que permitió mantener operativos a los ejércitos de la Triple Alianza frente a las severas pérdidas sufridas en batallas terrestres como Curupa-
ytí. Los vapores y transportes argentinos mantuvieron un flujo ininterrumpido de pertrechos,

Humaitá constituía una posición defensiva ideal en un ambiente ribereño, ya que obligaba a los buques invasores a navegar lentamente bajo el fuego concentrado de la artillería terrestre sin posibilidad de maniobra.

Acorazados de la escuadra brasileña a lo largo del Río Paraguay, cerca de Humaitá, 19 de febrero 1968 (del *Album de la Guerra del Paraguay*)



viveres y carbón desde la retaguardia (Caillet-Bois, 1944). El estancamiento militar finalmente se destrabó en febrero de 1868, cuando los acorazados brasileños lograron forzar el paso de Humaitá bajo el fuego paraguayo. Al perderse el control de la vía fluvial, la fortaleza quedó aislada por la retaguardia, lo que forzó la evacuación paraguaya y demostró que la caída de la barrera hídrica determinaba el colapso del frente terrestre (Whigham, 2002).

Conclusión

El análisis realizado permite afirmar que la Guerra de la Triple Alianza no puede comprenderse plenamente sin considerar la importancia estratégica del espacio fluvial. Aunque el campo de batalla decisivo continuó siendo terrestre y las principales acciones militares se desarrollaron en escenarios como Yatay, Curupaytí, Humaitá, Tuyutí o Lomas Valentinas, el sostenimiento de esas operaciones dependió directamente del control de los ríos que articulaban la cuenca del Plata. La guerra no fue exclusivamente una confrontación terrestre apoyada por fuerzas navales, sino un conflicto desarrollado en un ambiente operacional integrado donde agua y tierra funcionaban de manera inseparable.

Los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay actuaron simultáneamente como líneas de comunicación, corredores logísticos, ejes de penetración estratégica y obstáculos defensivos. Para Paraguay, el sistema fluvial constituía la principal barrera de protección frente a una invasión exterior y el soporte de su sistema defensivo. Para la Triple Alianza, representaba la única vía capaz de garantizar el abastecimiento permanente de ejércitos desplegados a grandes distancias de sus bases de operaciones. La disputa por el control de los ríos fue, en consecuencia, una disputa por la capacidad misma de sostener la guerra.

El éxito aliado derivó de la combinación de superioridad naval, capacidad logística y una estrecha coordinación entre las fuerzas terrestres y navales. La Armada Imperial brasileña aportó la capacidad de combate necesaria para asegurar el dominio progresivo del sistema fluvial, mientras que la Armada Argentina desempeñó un papel fundamental en el transporte de tropas, el abastecimiento, las comunicaciones y la movilidad estratégica de la coalición. Lejos de constituir una contribución secundaria, la actuación argentina resultó indispensable para sostener campañas prolongadas y garantizar la continuidad operativa de los ejércitos aliados.

Las campañas analizadas permiten observar claramente esta dinámica. La recuperación de Corrientes constituyó el primer ejemplo exitoso de la utilización del poder fluvial aliado para revertir una situación estratégica adversa. La posibilidad de transportar tropas, abastecimientos y refuerzos a través del Paraná permitió reorganizar rápidamente las fuerzas nacionales y recuperar la iniciativa frente a la invasión paraguaya. Posteriormente, la victoria naval de Riachuelo aseguró el control aliado de las comunicaciones fluviales, mientras que las derrotas paraguayas en Yatay y Uruguayana destruyeron la capacidad ofensiva que Paraguay había proyectado sobre territorio argentino y brasileño. A partir de entonces, las operaciones de Paso de la Patria, Itapirú y Humaitá demostraron que el dominio del sistema fluvial ya no era únicamente un requisito para la defensa, sino también la condición indispensable para llevar la guerra al corazón del territorio paraguayo. En conjunto, estas campañas constituyeron una secuencia operacional donde el control de los ríos permitió aislar progresivamente a las fuerzas paraguayas, sostener el avance aliado y transferir definitivamente la iniciativa estratégica a la Triple Alianza.

Del mismo modo, la resistencia paraguaya puso de manifiesto la importancia de la geografía como factor militar. El complejo defensivo articulado en torno a Humaitá, Curupaytí y otras posiciones ribereñas representó un notable esfuerzo por transformar el terreno y los ríos en multiplicadores de fuerza capaces de compensar las limitaciones materiales del Para-

Las operaciones de Paso de la Patria, Itapirú y Humaitá demostraron que el dominio del sistema fluvial ya no era únicamente un requisito para la defensa, sino también la condición indispensable para llevar la guerra al corazón del territorio paraguayo.

guay. Sin embargo, la investigación demuestra que, aunque estas defensas lograron retrasar considerablemente el avance aliado e imponer elevados costos operacionales, no pudieron neutralizar indefinidamente la superioridad industrial, logística y naval de la coalición.

En términos historiográficos, el principal aporte de este trabajo consiste en desplazar el foco de atención de una interpretación centrada exclusivamente en las campañas terrestres a una comprensión más amplia de la guerra como un fenómeno geoestratégico y operacional. La hidrografía de la cuenca del Plata no actuó simplemente como escenario de las operaciones, sino como un elemento estructurante que condicionó decisiones estratégicas, limitó alternativas militares y definió posibilidades concretas de éxito o fracaso.

La Guerra de la Triple Alianza demuestra que el control de las comunicaciones puede resultar tan decisivo como la victoria en el combate. La experiencia de la cuenca del Plata confirma que la movilidad, la logística y la coordinación entre fuerzas terrestres y navales constituyen factores fundamentales de la conducción militar. La recuperación de Corrientes, el control del Paraná y la posterior penetración sobre el río Paraguay demostraron que quien dominaba las comunicaciones fluviales dominaba también la movilidad estratégica del conflicto. En este sentido, la victoria final no se decidió únicamente en las trincheras o fortificaciones, sino en la capacidad de utilizar las vías navegables como el instrumento definitivo de maniobra, abastecimiento y proyección de poder militar. ■

BIBLIOGRAFÍA

- Beverina, Juan (1921-1932). *La Guerra del Paraguay (1865-1870)*. Buenos Aires: Talleres Gráficos de la Compañía General de Fósforos.
- Box, Pelham Horton (1930). *The Origins of the Paraguayan War*. Urbana: University of Illinois.
- Burzio, Heraclio (1950). *Historia de la Marina Argentina*. Buenos Aires: Departamento de Estudios Históricos Navales.
- Cailliet-Bois, Teodoro (1944). *Historia Naval Argentina*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Cárcano, Ramón J. (1939). *Guerra del Paraguay: orígenes y causas*. Buenos Aires: Domingo Viau y Cía.
- Clausewitz, Carl von (1832-2005). *De la guerra*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- De Marco, Miguel Ángel (2003). *La Guerra del Paraguay*. Buenos Aires: Planeta.
- Donadio, Alejandro (2010). *Estrategia y logística en la cuenca del Plata: El conflicto de la Triple Alianza*. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.
- Doratioto, Francisco (2002). *Maldita guerra: Nueva historia de la Guerra del Paraguay*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Garmendia, José Ignacio (1883). *Recuerdos de la Guerra del Paraguay: Campaña de Corrientes*. Buenos Aires: Peuser.
- Mahan, Alfred Thayer (1890). *The Influence of Sea Power upon History, 1660-1783*. Boston: Little, Brown and Company.
- Pomer, León (1968). *La Guerra del Paraguay: ¡Gran negocio!* Buenos Aires: Caldén.
- Reber, Vera Blinn (1988). *The Demographics of Paraguay: A Reinterpretation of the Great War, 1864-1870*. The Hispanic American Historical Review, 68(2), 289-319.
- Scheina, Robert L. (2003). *Latin America's Wars: The Age of the Caudillo, 1791-1899*. Washington D.C.: Brassey's.
- Tissera, Ramón (1971). *De la guerra a la organización nacional: Corrientes en la epopeya de la Triple Alianza*. Resistencia: Editorial Región.
- Van Creveld, Martin (1977). *Supplying War: Logistics from Wallenstein to Patton*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Vego, Milan (2003). *Operational Warfare*. Newport: Naval War College Press.
- Whigham, Thomas (2002). *The Paraguayan War: Causes and Early Conduct*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Williams, John Hoyt (1979). *The Rise and Fall of the Paraguayan Republic, 1800-1870*. Austin: University of Texas Press.

La hidrografía de la cuenca del Plata no actuó simplemente como escenario de las operaciones, sino como un elemento estructurante que condicionó decisiones estratégicas, limitó alternativas militares y definió posibilidades concretas de éxito o fracaso.